



Balta Lelija

7 de marzo de 2025  
EVANGELIO DE SAN JUAN  
“Jesús intercede por sus discípulos”

Jn 17,1-12

*Así habló Jesús, y dijo mirando al cielo: “Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que, según el poder que le has dado sobre toda carne, conceda también vida eterna a todos los que le has dado. Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo existiese. He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyo eran y tú me los has dado; y han guardado tu palabra. Ahora ya saben que procede de ti todo lo que me has dado; porque las palabras que tú me diste se las he transmitido a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido en verdad que vengo de tu parte, y han creído que tú me has enviado. Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y mi gloria se ha manifestado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo; yo, en cambio, voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a todos los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando yo estaba con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura.”*

El poder que Jesús ejerce sobre los suyos consiste en darles la vida eterna. Este es el maravilloso regalo que reciben los que reconocen al único Dios verdadero y al que Él ha enviado, Jesucristo.

Esta sola frase del Señor bastaría para entender la importancia de su misión, ya que todo hombre está llamado a tener parte en este regalo de vivir unido a Dios por toda la eternidad. Con el fin de que todos los pueblos conozcan el designio de Dios de darles la vida eterna, Jesús enviará a los discípulos al mundo entero después de su resurrección.

Jesús asume esta hora para allanar a los hombres el camino para reconciliarse con Dios. Esta es la obra que su Padre celestial le ha encomendado realizar y con la que glorifica a Dios. Ahora se dirige a consumir esta obra. Jesús no vacila. Su mirada está fija en el Padre, a quien quiere glorificar y de cuya bondad, que brilla en todas sus palabras y obras, quiere convencer a la humanidad.

Los suyos lo comprenden. El Padre se los encomendó y Jesús los cuidó en su nombre. Esto no solo cuenta para sus discípulos de entonces, sino para todos aquellos que abrazan la fe a través de su testimonio a lo largo de los siglos. También se aplica a nosotros, que hemos hallado la fe gracias al mensaje de la Iglesia y hemos seguido al Señor. Nos sabemos guiados y amados por el Buen Pastor, en quien hemos reconocido al Padre celestial.

¿Puede haber algo más importante que hacer saber a los hombres que tienen un Padre lleno de amor en el cielo, que nos envió a su Hijo para que podamos estar para siempre con Él? Y esta vida eterna con Él es incomparablemente más bella y plena que nuestra existencia terrenal, que, aunque ya brilla en ella la verdadera luz gracias a la fe, sigue estando marcada por tanto sufrimiento. Mientras peregrinamos por este mundo, Dios, en su bondad, se apiada de nuestras debilidades y transgresiones cuando acudimos a Él y le pedimos perdón. Puesto que nos ama, nos lo concede de buen grado.

Como fieles, podemos poner nuestra confianza en una palabra y un gesto particular del Señor: Jesús oró por los suyos. Esta oración es más potente que todos nuestros esfuerzos sinceros por guardarle fidelidad. Jesús intercede por nosotros ante su Padre y le pide que nos proteja. Ahora que su partida es inminente, devuelve en manos del Padre a los discípulos que le había encomendado y a quienes cuidó en su nombre. Jesús introduce a los suyos en esta unidad con el Padre, y nadie podrá arrebatarnos de su mano si le permanecemos fieles (Jn 10,29).

Debió de ser un profundo dolor para el Señor que el «hijo de la perdición» se perdiera y que uno que compartía su pan lo traicionara (Sal 41,10). Sin embargo, esta terrible posibilidad existe y debe ser un llamado de atención para los fieles, para que nunca se aparten de los caminos del Señor.

No obstante, la confianza en el Señor y en su amor es aún más importante para nuestro camino. Así como preparó a sus discípulos para afrontar todos los peligros que les sobrevendrían, así también lo hace con nosotros hoy. Podemos estar seguros de ello, porque la Palabra de Dios es infalible. Y sabemos que estamos en las manos de Dios, como recordaba Santa Juana de Arco a sus soldados en el preludio de la batalla.

Aún nos queda camino por recorrer en la tierra y solo podremos unirnos a Dios en la eternidad cuando hayamos completado nuestra carrera. Pero el Señor nos ha provisto de todo lo necesario para alcanzar nuestra meta y dar abundante fruto.